

Edgar Alandia: el músico, el amigo

Julio Estrada

Conozco a Edgar Alandia desde hace justo un cuarto de siglo, 1990, cuando apareció en Roma con su familiar presencia en un curso que, gracias a sus buenas lides, impartí en la Asociación Musical Astaldi. Desde ese momento el clic fue inmediato para iniciar una amistad perdurable y sólo entrecortada geográficamente; al inicio por motivos tan sencillos como la simple coincidencia de ser ambos latinoamericanos de Europa –él de origen boliviano residente en Italia, y yo mexicano hijo de refugiados políticos españoles– que quizá no nos habríamos encontrado nunca en nuestro propio continente; y con el tiempo porque no fue indispensable para el uno ni para el otro el mantener una coincidencia en el terreno de la estética –él, un músico pulcro de origen académico, y yo, un antiacadémico hasta el borde.

En aquellos primeros encuentros, Alandia me dejó como tarjeta de visita sus *Etiquettes* para piano, que traje celosamente a México y que años después interpretó mi esposa Velia Nieto. Desde entonces le seguí la pista en distintos festivales europeos –Alemania o Francia, por ejemplo– y en particular en Italia, como en la Rassegna di Nuova Musica, que organizó nuestro entrañable amigo común, Stefano Scodanibbio, de trágica memoria.

Hace un par de años volvimos a coincidir Alandia y yo en México, donde impartió un seminario y una conferencia en la Cátedra Conlon Nancarrow y supo atraer la atención de jóvenes creadores musicales de mi universidad, quienes apreciaron tanto como yo su inteligencia y sensibilidad para explicar su obra o para discurrir con sensatez y tino en torno a la música toda; conste

aquí el mensaje de que Edgar debería pulir sus perceptivas ideas y plasmarlas por escrito.

Es difícil que en nuestros países se alcance a apreciar bien un trabajo como el de Alandia, debido a que en estos rumbos escasean las radios, los festivales e incluso los ejecutantes interesados en abordar obras musicales recientes. Hace varias décadas que hacen justicia, a una música como la de Edgar, intérpretes mayormente europeos que afrontan las dificultades y dan sentido artístico a la aspiración creativa de sus partituras.

Alandia, el académico intuitivo boliviano, dista de imponer en su producción la para algunos obligada carátula discursiva de la “identidad latinoamericana”, porque su concepción parte de alguien que escucha y piensa con el oído para expresarse, de manera solitaria mediante el rigor de la escritura, por una parte exigencia de retener vivencias de la fantasía y por otra requerimiento intelectual que aspira a cifrar al fantasma.

Percibo, en la obra de Edgar Alandia, un sello íntimo cuya raíz inventiva se libra a la búsqueda de atmósferas de ensueño despertadas al vuelo por instantes fugaces –como los *Intermezzi* para cuarteto de cuerdas– o a permitir la candidez que ilumina al explorador que encamina a su propia obra –escúchese en... *sottili canti invisibili I-II*, para piano, instrumento que sabemos domina como intérprete y que incita a suponer que deviene el laboratorio privado de sus resonancias borrosas, ruidosas o estridentes. Más tarde implanta esta idea en otros instrumentos como ocurre en *...se me ha perdido ayer, el canto de las estrellas* –título que junto a varios más le inspira el desaparecido poeta boliviano Jaime Sáenz. La vena musical del compositor crea melodías cuyo carácter armonioso conlleva, sin espanto, el *Grito* de Pablo Neruda – “... y nosotros los muertos, los escalonados en el tiempo...”–, o acudir a *El Principito* de Saint-Exupéry para dialogar como gran niño solitario con los astros del firmamento –*Tu avrai delle stelle, come nessuno ha* (tú tendrás las estrellas, como nadie)–, semilla a su vez de composiciones más recientes, como *Thunupa*, título de una obra para clarinete bajo en la que inserta una rúbrica poética: “en medio del profundo silencio”.

La música de Alandia está sin duda confeccionada con las nuevas herramientas del viejo continente, aunque desde mi escucha distingo el trasfondo de un rasgo privado que le conduce a emplear dichos hábitos, habilidades o habitáculos de una manera que no se ajusta necesariamente ni al sistema ni a la brújula

con la que casi todos navegan, sino que crea un gozo aparte, el de perderse en vericuetos que él sabe cómo conjugar y que, a riesgo de ser parco al no poder profundizar mayormente aquí, alcanzo a captar bajo la perspectiva de tres vertientes principales: un interés en la solidez estructural de la simetría, una inclinación tejedora de micro-filigranas temporales y una querencia por un universo arcano, el ensimismamiento ante la nebulosidad del viento –memoria que recogen los instrumentales andinos.

Alandia tiene la naturaleza del músico lírico e intuitivo, aun cuando sin querer ser espontáneo para lograrlo, porque Edgar está hecho de buena fibra intelectual y del reposo propio del hombre feliz que escucha sin prisa al interior de su universo privado. Es desde este universo donde puede esperarse que surjan nuevos impulsos cargados de un mismo fondo poético, y acaso acometerá su manera en la ópera *Perdido viajero*, libreto inédito de su venerado antiguo amigo, Jaime Sáenz, en espera de que llegue el canto que lo haga sonar.